

en el tema latente del desasosiego sexual, la explicación de las disculpas, un tanto exageradas, por la crudeza, casi pornográfica, en el prólogo de Goti. Personalmente yo asocio tales disculpas, más bien, con los detalles íntimos del matrimonio de Víctor y, muy probablemente, con el episodio de Rosario.

Esta colección representa una mezcla, un tanto desconcertante, de lo general y lo específico, típica de los volúmenes conmemorativos, que aspira, de una manera demasiado optimista, a atraer prosélitos de entre los no-iniciados, pero que uno puede recomendar sin reparos, por la media docena de excelentes artículos que hacen al libro indispensable para especialistas.

GEOFFREY RIBBANS

*Liverpool*

(*The Modern Language Review*, 66, Abril 1971)

ANTONIO REGALADO GARCÍA: *El siervo y el señor*. Madrid, Gredos, 1968; 217 pp.

El Sr. Regalado pretende delinear "la evolución de los aspectos esenciales del pensamiento de Unamuno en las sucesivas etapas ideológicas de su vida... No trata de hacer un estudio sistemático y detallado de la filosofía del autor, ni tampoco una crítica literaria de sus obras" (p. 21). Lo que quiere decir en otras palabras que el libro es un bosquejo, aunque esto no tenga nada que ver con la comprensión y economía: la mitad del libro consiste en un amasijo de filósofos y en una paráfrasis laboriosa de las obras más conocidas de Unamuno, y al nivel de trilladas generalizaciones en que el autor constantemente se mantiene, es de todo punto imposible entablar ningún tipo de diálogo sobre sus puntos de vista.

No hay manera de apreciar si su postura no es más que un resumen de Blanco Aguinaga y Zubizarreta, aunque el autor se aleja de estos dos autores al intentar encuadrar a Unamuno en un cierto contexto histórico-cultural, intento que provoca las partes más flojas del libro. El autor hace las observaciones tradicionales sobre Hegel, el positivismo, Nietzsche y Kierkegaard, proporcionando pocas o ningunas pruebas sobre las influencias que, según él afirma, son tan decisivas en la obra de Unamuno. De algunas de éstas uno podría decir que semejanza no implica influencia (p. ej. Coleridge y Bécquer [175-180]). Cita *En torno al casticismo* ("es preferible, creo, seguir otro método, el de la afirmación alternativa de los contradictorios...", etc.) como prueba de la estructura dialéctica de la filosofía de Unamuno, pasando por alto, como de costumbre, que (a) exagerar las oposiciones con la esperanza de que el lector intuya un significado intermedio no es un método dialéctico; (b) Unamuno no aplica este mé-

todo ni siquiera en el texto de *En torno al casticismo*; (c) el párrafo es una prueba más, si es que fueran necesarias más pruebas, de la profunda diferencia entre Hegel (“la lógica describe los procesos históricos”) y Unamuno, que considera a Hegel como “un prototipo de racionalista”. El autor cita a Proudhon como influencia decisiva en Unamuno, “base fundamental de la dialéctica de Unamuno en su período positivista”, pretensión original, que la misma teoría socialista de Unamuno desmiente, teoría que el autor fecha en 1887 y que evidentemente no ha tenido en consideración. El autor continúa diagnosticando la “influencia aplastante de Nietzsche” (p. 12) y de toda una multitud de figuras, sin darse cuenta que la magia de los nombres ilustres no añade nada a nuestra comprensión de Unamuno, a menos que las ideas de tales personajes nos sirvan como instrumento de análisis.

Cuando llega a la obra literaria de Unamuno, la pluma pesada del autor se deja sentir implacablemente en el material que parafrasea. El capítulo “Filosofía y poesía” parafrasea tres poemas y cita la idea de Bécquer sobre Dios como una probable influencia en Unamuno... Y yo estoy seguro que el hermoso poema *En un cementerio castellano* no tiene nada que ver con la legislación de 1932 concerniente a los enterramientos de los no católicos (p. 168). En el capítulo sobre la novela, el autor cae en la trampa descubierta de afirmar, simultáneamente, que las novelas de Unamuno representan una victoria sobre el “determinismo” de la novela realista ya que prueban “la hondura pasional y las complicadas relaciones psicológicas” (p. 141), y esto comparado con la novela europea “los personajes unamunianos tienden a quedar vaciados de contenido” (p. 157). Pero, sobre todo, parece no haber un estudio auténtico del pensamiento de Unamuno a excepción de un debate acerca de la inmortalidad, acercamiento que nos da sólo una visión estrecha y excesivamente esquematizada de un pensador cuya virtud estribó en suscitar problemas.

El último capítulo concluye afirmando que la posición postrera de Unamuno consistía en una aceptación pesimista de la inexistencia de Dios: “lo tengo por un ateo convencido que, por serlo irremediamente y por saber que lo era, adquirió un inmenso terror a la nada” (p. 209). Pero el mensaje de Unamuno es mucho más moderno que toda esa serie de encuadres que divide a los hombres en creyentes y no creyentes. Unamuno está seguramente al final de sus días mucho más cercano a los teólogos de la muerte de Dios: en *San Manuel Bueno* sabemos que el lago —la fría oscuridad— es la realidad, pero Angela nos da a entender que el ateo San Manuel es el escogido de Dios, porque él ha tomado sobre sí la tragedia de la existencia. En otras palabras, Unamuno es una especie de ateo cristiano que quizás piensa que el hombre está paradójicamente más cerca de Dios cuando está más trágicamente lejos de él, ambigüedad central a toda su obra y por lo visto no patente para el Sr. Regalado. Este libro

parece llevar una insistencia implícita de que el individualismo y la fe, la historia y el cristianismo, racionalismo y religión, son, en esencia, irreconciliables, y uno se pregunta si con una tal concepción se podría abarcar a Unamuno para valorar adecuadamente su obra.

JOHN BUTT

*King's College, London*

(*Bulletin of Hispanic Studies*, Vol. XLVII, n.º 4, Octubre 1970)

GEOFFREY RIBBANS: "*Niebla*" y "*Soledad*". *Aspectos de Unamuno y Machado*. Biblioteca Románica Hispánica. Madrid, Editorial Gredos, 1971; 332 pp.

No hay síntomas de desmayo en la persistente vigencia de nuestros noventayochistas, vena inagotable de fecundas incitaciones para la crítica. Apagados apenas los ecos de los centenarios de Unamuno y Valle-Inclán, siguen apareciendo nuevos títulos, y es de esperar una nueva avalancha bibliográfica con motivo de los inminentes centenarios de Baroja y Azorín.

Y a nadie se le oculta que por esta misma abundancia de bibliografía, escribir hoy sobre algún aspecto del 98 entraña seria y arriesgada responsabilidad. Cuando se transita por terrenos tan concurridos, es preciso llevar muy firme el paso para que la propia huella se perciba clara y distinta. El caso es infrecuente. Por eso es un verdadero placer encontrar, en medio de tanta ligereza, el rigor y la ciencia de un libro como el de G. Ribbans, convincente prueba de que hay mucho que estudiar todavía en los escritores del 98: aspectos nuevos que pasaron desapercibidos, lugares comunes que deben ser revisados, y, sobre todo, multitud de ideas comúnmente admitidas, y que parecen ciertas, pero en las que nunca se ha profundizado.

G. Ribbans es, como se sabe, uno de los más destacados representantes del hispanismo inglés. Dirige el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Liverpool, y en las principales revistas del ámbito hispánico (sobre todo en el *Bulletin of Hispanic Studies*), ha dado testimonio de su quehacer científico. Precisamente el libro que reseñamos está integrado, en su mayor parte, por artículos aparecidos en revistas hispánicas entre 1957 y 1965, y reelaborados ahora por su autor.

El primero de ellos se titula *Unamuno en 1899: el proceso de Montjuich y los anarquistas*. Dicho trabajo ofrece mucho más de lo que el título sugiere. No se trata, en efecto, de una erudita exhumación de un rincón de la peripecia biográfica de Unamuno. Hay todo un mundo de sugerencias e implicaciones magistralmente captadas y reveladas. En ese momento Unamuno ha superado su período marxista (bien estudiado ya por Blanco Aguinaga y Pérez de la Dehesa); su actuación durante el proceso es lealmente defensora de sus antiguos correligionarios; pero sus escritos de entonces, que siguen a la famosa crisis de 1897, demuestran un